

Un clarín que rompe el silencio

La Semana Santa vuelve a cancelarse en España a causa de la pandemia. Los pasos, las procesiones y los nazarenos no podrán desfilar por segundo año consecutivo. No obstante, esta vez, cumpliendo las restricciones, la iglesia de Bailén, en Jaén, ha permitido mostrar al público en los días puntuales las figuras religiosas más icónicas de cada localidad. Así mismo, la iglesia de Martorell, en Barcelona, mostró sobre el altar las imágenes religiosas de la capilla el domingo de resurrección.

Escucha de fondo: Eternidad – Rosario de Cádiz; <https://www.youtube.com/watch?v=uZEPzh2DOSk>

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

- Lucas, 23:34

- Niño, despierta, que pasa *La del Silencio*- solía ser la forma en la que mi abuela me despertaba con un ligero zarandeo y el débil sonido de un tímido clarín a través de los barrotes de la encalada casa de mi barrio a las tres de la mañana.

Nos asomábamos a la ventana con ayuda de una escalera, porque la ventana tenía reños y a mi abuela le fallaban las rodillas, y mientras el mundo dormía, nosotros veíamos a esas manolas con mantilla negra llorando la muerte del hijo en la conocida como *Procesión del Silencio*.

Un tambor rompía, con delicadeza y sumo cuidado, esa melodía que el clarín dejaba a su espalda, y los costaleros, que se movían de puntillas para no despertar a nadie, cargaban con el peso de la imagen de una joven crucifixión. Ni oro en exceso, ni muchos ornamentos, solo cuatro cirios rojos en cada esquina del paso y un Jesús fulgurante a ojos del fuego y la escasa luz de mi calle (en la que no hay ni ha habido nunca presencia de farolas).

Suena mi teléfono. Videollamada entrante de mi padre. Rebusco en el cajón hasta encontrar mis gafas y me levanto de la cama para encender la luz de la habitación. Al descolgar no le veo a él, sino la iglesia de mi pueblo, en Jaén, abarrotada de gente con un dudoso espacio de distancia de seguridad.

- Tu abuela, que dice que como las imágenes no pueden salir a hacer el recorrido por las calles, el cura las saca a la nave central y desde el altar la orquesta toca. Y aquí me tienes, acompañándola a ver a su Virgen.

Mi abuela sale en escena sin saber que la observo, habla con una mujer de su edad y avanzan por la fila como avanzan los turistas a las puertas del Parque Güell. Las manolas llevan sus cirios y sus tacones de aguja, e incluso si me concentro puedo oír el chasqueo que hacen contra el suelo de adoquines. No hay penitencia ni cófrades, aunque en esta situación todos resultamos de la cofradía de las costumbres de nuestro país.

Resulta casi admirable cómo nos hemos acostumbrado a la distancia, la mascarilla, el toque de queda, las restricciones y el desamparo que genera no ver a un familiar ni acariciar a un ser querido, pero no somos capaces de dejar atrás nuestras costumbres, nuestra cultura y nuestras raíces. Como dice Lola Flores en ese aclamado anuncio de cerveza: el acento es nuestro tesoro máspreciado, no lo perdamos nunca.

La llamada va pasando, la fila se va acortando y mi abuela mira hacia mi padre como un niño cuando van a llamarlo para recoger su orla, y la veo mirarme a través de la cámara sin saber que estoy viviendo con ella ese momento.

Entonces, entre píxeles y el olor a incienso, que mi mente consigue que traspase la pantalla desobediente de cualquier norma del espacio-tiempo, veo a la Virgen de los Siete Cuchillos llorando, con un manto negro y dorado bordado a mano por una mujer que una vez fue mi abuela, como bien nos recuerda cada vez que lo ve con su “dos veces le he hecho yo el manto a la Virgen”.

Todos los devotos lloran, rezan y tocan, olvidándose de por qué están viendo a su Virgen en esas condiciones, los pies de la figura uno tras otro. Me gustaría preguntarles qué han obtenido después de toda una vida de creencia cristiana. Un puñado de hombres y mujeres que aman a un Dios que ha cerrado los ojos a las duras y nos ha dejado solos en una pandemia de casi tres millones de muertos. La redención, que en este caso ha sido global, ha sumido a la sociedad en un Santo Entierro de más de un año de duración, una vigilia de tres meses y dos Semanas Santas perdidas.

No ha habido rezos, ni rosarios, ni plegarias que valgan. No ha habido “gracias a Dios”, ni “si Dios quiere”, porque ningún Dios ha podido estar mirando cómo su creación moría sin inmutarse. Pero aquí estamos, llorando bajo los pies de una figura de cera, por pena, por rabia, o quizá por costumbre, porque como he dicho, la cultura son costumbres. Y ¿qué mayor costumbre ha tenido el ser humano en toda la historia que culpar al resto? Si así Dios lo ha querido, así ha tenido que ser.

Esa tarde me dirijo con mi madre, a casi 800km desde donde me ha llamado mi padre, a la iglesia de mi pueblo. La devoción en el sur por la cristiandad, el catolicismo y la religiosa creencia en Dios es más ferviente que en Cataluña. Los últimos datos del Centro de Investigación Sociológica la pone como la comunidad menos católica de España, por contraposición a Andalucía.

Es esa ambigüedad la que me hace seguir fascinándome en las relaciones que generan las personas que me rodean con Dios. Abajo no puedes blasfemar, sin embargo aquí todo el mundo se caga en él como si tal cosa.

A las puertas de la iglesia un hombre vestido de negro canta por Caracol esa saeta que dice:

*Toítas las mares tienen pena y amargura
pero la tuya es mayor
porque delante de ti lo llevan
amarraíto de pies y manos
como si fuera un ladrón.*

No sé si alguna vez habréis oído una saeta ni si sabéis lo que representa, pero es el palo flamenco más difícil de todos y también el menos común. Se canta solo en Semana Santa, y el saetero o la saetera no dispone de palmeros ni guitarra, sino que va acompañado de ese silencio tan único que se crea alrededor de un prodigio cuando decide demostrar su talento rodeado de gente en mitad de una calle.

Cuando el hombre acaba de cantar, entramos.

La imagen de la Virgen aquí es más pequeña que la que he visto en la llamada y mucho menos precisa. La escultura, hecha en madera con un tallado rudo y simple, presenta unas irregulares mejillas y unos ojos inexpresivos. No parece que esta vaya a hablar de un momento a otro, ni sus ojos fulguran bajo el brillo de rosarios de plata, ni hay lágrima que recorra el rostro hecha de resina brillante. Lejos queda las ganas de gastarse, como es típico en el sur de España, más de 20.000€ en contratar un imaginero tallista para crear la procesionaria.

Sin embargo, me acerco a ella, y como he visto hacer en tantas otras ocasiones a mi abuela, la miro a los ojos y le pido algo que quedará entre nosotros, o bien porque no me escuche o bien porque nunca nadie entenderá por qué lo pido (ni si quiera mi yo más

agnóstico, que dentro de mí se mofa al verme implorar a una figura que me conceda un anhelo).

- Hoy, domingo de resurrección, se celebra el regreso de Jesús, después de ser crucificado, muerto y sepultado, y sufrir todo el calvario que pasó- dice el cura, que con una toga negra honra el santo entierro. -Y Jesús dijo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

“Padre, perdónanos ya, y déjanos seguir viviendo”, pienso. Pero sé la respuesta que me daría el cura, porque es la misma explicación que me da mi abuela para todas las desgracias que acontecen en la Tierra: Dios no puede ayudar siempre.

Al fin y al cabo, con mis casi 21 años de vida, he llegado a una triste conclusión (que no sé si mi abuela estaría dispuesta a escuchar): si Dios es todopoderoso, entonces no es *todobondadoso*. Y si, por el contrario, Dios es *todobondadoso*, desde luego no es todopoderoso.

Esa noche me duermo sin intención de que nadie ni nada me despierte, ni un clarín que rompe el silencio ni una saeta silenciosa. Aún así sé que cuando el reloj marque las tres de la madrugada despertaré sin saber por qué y caeré en la cuenta de que *La del Silencio* no está más allá de mi ventana, pero sonreiré emocionado sabiendo que a la misma hora, a 800km, mi abuela estará sintiendo lo mismo.